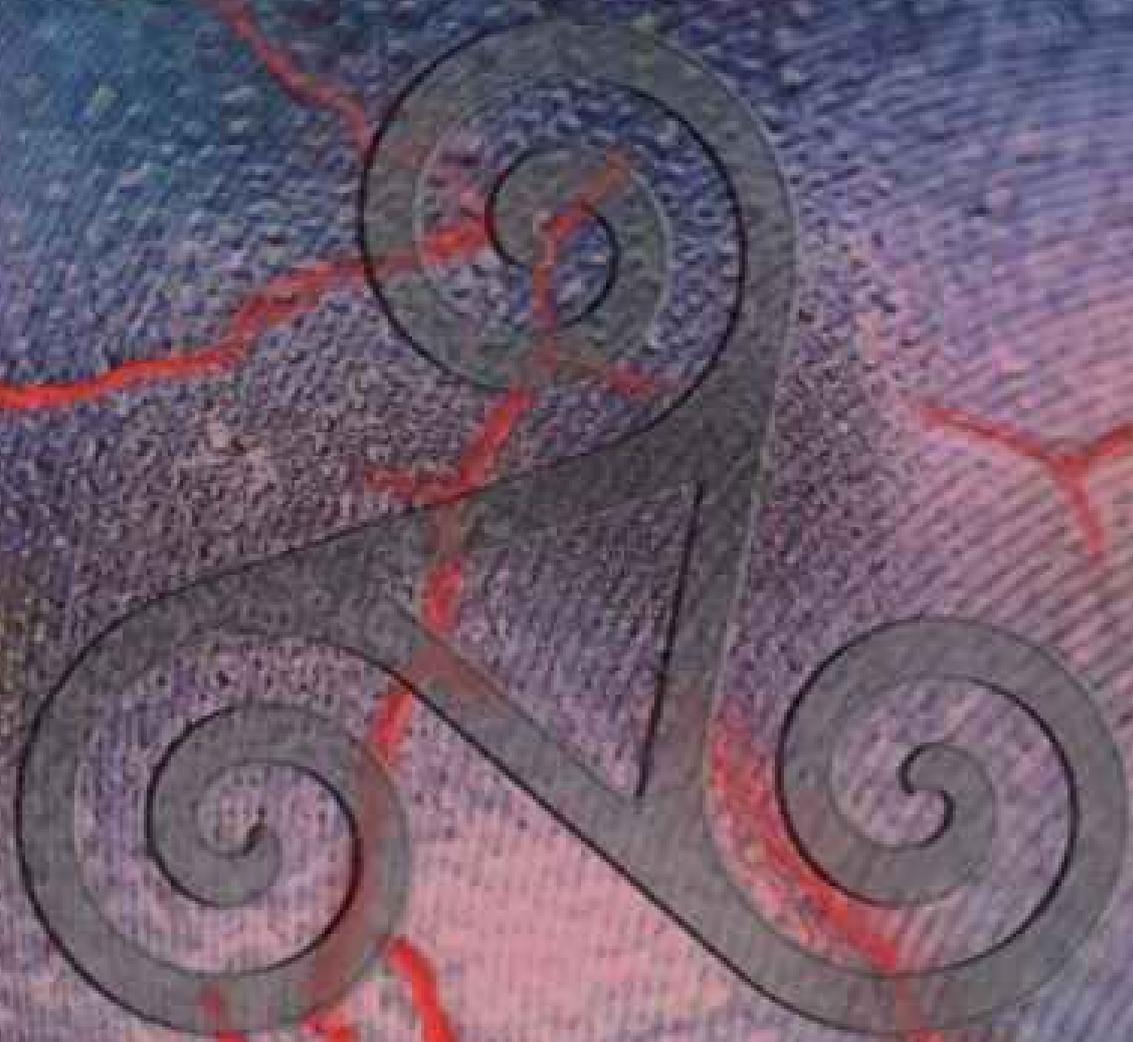


AGUAS DE SANGRE



ALEXANDER COPPERWHITE

AGUAS DE SANGRE
Por: Alexander Copperwhite

A los soñadores

Título: Aguas de sangre

Idea original: Alexander Copperwhite

Corrección de texto y estilo: Rojo Cero Revisiones

Portada: Alejandro A. Blanco

Supervisión general: María del Pilar Meseguer García

Agradecimientos a: Juan Pedro Barquero

© Todos los derechos reservados

POR MUCHA PRECAUCIÓN QUE
TENGAMOS, A LO LARGO DE
NUESTRA VIDA, SIEMPRE ES
MEJOR NO CRUZARSE CON LA
MALA SUERTE

Esta historia es ficticia.

Nada de lo que aparece en ella ha sucedido
jamás.

Mi intención es dirigir la atención hacia un trocito
de paraíso terrenal... Archena .

Cualquier parecido con los personajes es pura
casualidad.

La lectura de esta historia puede herir la
sensibilidad del lector.

No recomendable para menores de 18 años.

I. Un Pacto Con Hades

Pestes de lluvia acida y de malditas vidas putrefactas. Sabores de amargura cosechados de las lágrimas bendecidas por los despiadados enemigos del alma y de la cordura. Presente condenado a encabezar los momentos de nuestras interminables pesadillas. Y cuando la lluvia cesa y la flora despierta, es nuestra sangre la que se escalda en el torbellino de las tempestades.

*

254 a.C. Archena, Murcia...

La dama levantaba su arco y apuntaba a sus enemigos con destreza y precisión. Las puntas de sus flechas habían sido bautizadas en la sangre de los hombres y en la carne de los desgraciados, sus manos no temblaban ante la visión de los mutilados cuerpos o al oír los llantos de los hombres bravos, su mente permanecía serena y su vista se clavaba en el corazón de su objetivo, al igual que sus proyectiles. Ariadna la llamaban, la dama guerrera, la esposa de la muerte. Roma no conseguía arrodillarla, los senadores la maldecían, los legionarios la temían, las romanas la admiraban con una mezcla de curiosidad y asco, y su pueblo la deificaba.

Bajo el hervir de las aguas volcánicas, en lo más profundo de las tierras sagradas, Hades descansaba mientras degustaba la sangre que goteaba por los techos de las interminables cuevas del inframundo. Estalagmitas teñidas de rojo, ríos de apestoso azufre, cabezas cercenadas, lenguas cortadas, ojos arrancados y esclavos recogiendo las vísceras que colgaban por los costales de los estacados muertos.

Un aroma a amor y devoción acarició sus fosas nasales. Hades sintió como la segadora de vida le llamaba, le quería, le necesitaba, anhelaba su presencia. Ariadna, con sus enormes ojos negros, sus firmes piernas de gacela, su cabellera morena y su cuerpo de ninfa, sudaba llantos de inocencia perdida y sonreía con cada derramamiento de sangre. Cegada por su orgullo, enamorada de su leyenda y convencida de su inmortalidad, posaba orgullosa como la más fuerte de las diosas, desafiando el venir de la muerte, ignorando el poder del señor del inframundo. Uno tras otro, los valerosos legionarios caían en su trampa y perecían a su lado, igual que las moscas cuando abrazan la bella telaraña para después ser atravesados por el aguijón de su dueña. Los hombres gritaban como niños perdidos en la oscuridad, el viento canturreaba las nanas de las madres que estaban a punto de sentir el crujido de sus

corazones al partirse, Roma se encorvaba a causa de las innumerables pérdidas, y los compañeros de armas de Ariadna se enorgullecían, clamaban su nombre e incluso la amaban desesperadamente.

Pero todo en este mundo tiene un principio y tiene un final, excepto el paso del tiempo.

Una noche muy lejana, apartada de los días de batallas y de los honores de las carnicerías orquestadas, Ariadna se sintió muy sola en su alcoba, vacía de todo sentimiento, apartada de todo lo común e ignorando la existencia de la felicidad. Ella no quería nada de eso, sólo quería ser inmortal. *Y lo serás* —afirmaban los sabios y los guerreros durante las largas noches de celebraciones—. *Tu historia perdurará y vivirás a través de los siglos, incluso cuando todo lo que conocemos haya desaparecido.* Ella exasperaba y desesperaba, sus manos temblaban y su piel ya no era tan tersa y apetecible, los hombres no hacían cola para amarla y las más jóvenes no la envidiaban. Hades la esperaba ansioso en el otro mundo, y ella lo sabía. *No quiero vivir en canciones inútiles o en manchas de versos que quedarán inalterados sobre piedras viejas. Yo quiero vivir de verdad, quiero saborear el amargor y la dulzura de la vida para siempre* —decía—.

Esa misma noche, cuando Ariadna se encontraba sola entre el sueño y la muerte, Hades decidió visitar a la mujer que había conseguido despertar su interés en tantísimas ocasiones. Ella no se asustó al verle, sencillamente le tendió la mano y le dijo que aún no estaba preparada, que le había regalado tantas vidas durante las guerras, masacrando sin piedad, y que por eso él debía regalarle la suya... para siempre. Hades, asombrado por el deseo de Ariadna e intrigado por el trato que quería proponerle, se pronunció.

Una voz que se perdía en los abismos de la nada, que irritaba a los moribundos y acallaba a los animales, sonó en la rayada oscuridad. La mezcla del chirrido del hierro al romperse y del eco profundo del rugir de un león, le puso los pelos de punta. Ariadna no creyó que el señor del inframundo le contestaría aún en vida, la negrura de la noche se difuminó entre tonos grises y azulados, los dientes de sable, afilados y hedientos, aparecieron como cepos apunto de morder a su presa; sus ojos de fuego, apenas visibles para no cegar a los mortales, titilaban como sombras de ceniza amarilla en el aire; y al moverse, un vaho distorsionado apareció de repente.

¿Quieres vivir para siempre?—preguntó el señor del inframundo—. *¿Quieres tener pesadillas eternamente?* Ariadna seguía la distorsión con la mirada aunque no era capaz de distinguir algo en concreto. *Sí, quiero vivir para siempre, quiero sentir el frío y*

el calor en un cuerpo inmortal —contestó ella—. La voz de Hades resonó desde las mismísimas entrañas de la tierra, hasta lo más alto de la creación. Los demás dioses la oyeron y aguardaron con interés el desenlace; otro trato de Hades significaba la creación de otro monstruo que castigaría y perseguiría a los vivos. Otro juguete con el que entretenerse. *Cada gota de sangre que derrames en mi copa será un instante del que podrás apoderarte* —propuso—. *Cada suspiro que le arrebates a un mortal será un momento del que te adueñarás. Vivirás de la miseria humana que tú misma provocarás. ¿Hay trato?* Ella buscó en su interior una respuesta y encontró el conocimiento que otorga la experiencia, aunque desoyó todo lo que se decía a sí misma, ignoró la razón, y se limitó a contestar: *Acepto* —susurró Ariadna—.

II. Prisionero

En la actualidad...

En la habitación 109 de un hotel. Cerca de donde la antigüedad quedó sepultada para dar lugar a una nueva era, Natalia discutía con su marido Alfredo, como de costumbre.

—¿Por qué no puedes dejar el teléfono durante los días de vacaciones? Siempre trabajando, siempre con tus negocios.

Alfredo hizo una mueca de disgusto y le mostró el móvil.

—Eso es exactamente lo que no me gusta. Te preocupas más por José Antonio que por mí.

Él abrió las manos y levantó los hombros, tapó el auricular y la miró con cara de pocos amigos.

—¿No ves que estoy hablando?

—Dile que estás de vacaciones y que ya hablaréis cuando regreses.

Alfredo calzó unas deportivas mientras hablaba, cogió su cartera y abrió la puerta de la habitación.

—Voy a continuar fuera que aquí hay mucho ruido —le dijo a su interlocutor—.

Al cerrar la puerta tras de sí, la voz de su mujer, propinándole infinidad de adjetivos poco decorativos, sonó con más furia que antes. A él ya no le importaba demasiado, siempre hacía lo mismo pero después era ella quien quería joyas caras, ropa de firma, cambiar de coche todos los años y comer en los mejores restaurantes; por desgracia no comprendía que eso costaba mucho dinero y que tenía que ganarlo.

Caminaba y hablaba a la vez. Había pasado más de una hora y continuaba hablando. Que si las etiquetas no estaban bien impresas, que si el producto debía ser lavado, que si el cobro debía ser al contado. Alfredo andaba ensimismado sin poder sentir la oscuridad que se cernía sobre él. El frescor de la noche, inusual durante el mes de agosto, se posó sobre su cara induciéndole en un estado de profunda satisfacción y tranquilidad; los murciélagos que observaban colgados de las ramas de los árboles, se meneaban al ritmo de la hojas y de la inquietud; unas ranas actuaban como coro de fondo, y los mosquitos se apartaban al cruzarse con él. Tenían prohibido tocar a esa presa.

El fluí del río, cálido y constante, disimulaba el crujir de los arbustos que se partían.

Alfredo no se percataba de nada. Absorto por la conversación, seguía paseando sin ser consciente de lo que sucedía a su alrededor.

—¿Qué...?

Una especie de vapor negro apareció delante de él causándole una extraña sensación que le obligó a soltar el móvil. Su piel empezó a rizarse, a arrugarse y a estirarse. Luchaba para no caerse de rodillas. Se miraba las manos y creía que se deshacían, aunque cuando se las tocaba volvía a sentir las completas. *¿Qué me pasa?* —se preguntó—. Agachó la cabeza en busca de un apoyo que le ayudase a levantarse mientras con las manos intentaba dispersar el vapor que le impedía concentrarse.

—Levántate —le ordenó Ariadna—.

Con tan sólo fijarse en los pies de la guerrera, Alfredo se enamoró perdidamente. No osó tocarla, únicamente se limitó a levantar la vista que recorría las hermosas curvas de aquella diosa del inframundo, hasta que la negrura dejó de importarle porque acababa de encontrarse con sus ojos. Unos ojos de color fuego que martirizan a los desgraciados que se queman con su dulzura; unos ojos profundos, secretos, que descarrían las almas del camino más puro, o del más necio.

—Tócame.

Ariadna descubrió su pecho, mostrando sus dulces pezones de caramelo. El sexo de Alfredo se endureció hasta tal punto que llegó a dolerle. Su corazón regaba con sangre sus venas a tal velocidad que parecía estar consciente de todo, aunque en realidad estaba absorto por la lujuria mezclada con la desesperación.

La tocó.

La electricidad que recorrió su cuerpo le sacudió el cerebro y le hizo mojarse al instante. El placer se manifestó en forma de gemido que se le escapó de los pulmones. Babeaba como un perro, sus músculos se tensaban y se relajaban a un ritmo incontrolable, sus ojos se cegaban por el deseo y el placer.

—¿Me amas? —le preguntó Ariadna—.

—Te amo —contestó Alfredo con voz temblorosa—.

—¿Me amas por encima de todas?

—Te amo más que a mi vida.

Ella se acercó a su oído derecho y suspiró manifestando excitación. No fingía. Su cuerpo sentía el éxtasis del momento, pero no por el amor conseguido sino por el esclavo que acababa de capturar. Para rematar su hechizo de mujer, le cogió la mano y se lo deslizó por su túnica azul celeste hasta que su dedo corazón se acercó a los acantilados de su entrepierna. Caliente, húmeda. El fluido amoroso le empapó la mano.

Ahora Ariadna le chupó los labios, le acarició su sexo y le acercó la cabeza a sus pechos.

—¿Me deseas? —le preguntó jadeando—.

—Sí, sí, sí —repitió Alfredo extasiado—.

Él se puso de rodillas y le suplicó que le permitiese yacer con ella. Penetrarla. Hacerla suya.

—Has de ganarme —dijo Ariadna con una voz suave y dulce que se perdía con las aguas del lugar—.

—Haré todo lo que me pidas. ¡Todo!

Con gran dominio de la manipulación, ella le acercó la cabeza a su entrepierna para enloquecerle aún más. Frotó su rostro en sus muslos mientras le acariciaba los labios con un dedo que acababa de salivar. Nubló su mente.

—Tengo hambre... mucha hambre.

—Te traeré todo lo que desees —contestó él sollozando de alegría y excitación—.

—Tráeme almas.

—¿Cómo te las traigo? —preguntó sin poder negarse—.

—Sólo tienes que matar por mí. Con este cuchillo.

El curvado filo era perfecto para cercenar cabezas, despiezar extremidades o destripar a los inocentes.

—¿Cuántas almas quieres?

—Diez.

—¿Diez? Yo te traeré más de nueve.

Ariadna le agarró del pelo y le miró fijamente.

—Sólo diez. Ni una más.

—Sí, sí —dijo él desesperado por regresar al calor de su sexo—, diez... sólo diez.

—Ahora ve, y no regreses sin lo que deseo.

III. Masacre

Las risas, provenientes de una piscina cercana, penetraron en la mente de Alfredo y le despertaron de su letargo. El olor de la hembra aún le tenía preso y en sus manos apretaba el cuchillo con una enfermiza pasión. Debía cosechar almas para su amada. Debía matar para ganarse su amor.

Mareado y desconcertado, arrastraba los pies por las baldosas que se confundían con la hierba, dirigiéndose hacia el lugar de donde provenían las voces. Respiraba con dificultad, como si el aire se hubiese humedecido tornándose más espeso. Le pitaban los oídos, una vaporosa nube se había arraigado en el interior de sus ojos, distorsionando su percepción, la piel le dolía, como si se hubiera quemado, y apretaba con tanta fuerza los dientes que casi se le partían.

Dos parejas se bañaban en las cálidas aguas provenientes de las profundidades de la tierra. El contraste del frío y del calor era una sensación fantástica que mezclada con el entorno natural convertía aquella experiencia en una de las atracciones turísticas más llamativas de la región y de España. El champán tampoco faltaba. Ostras en bandejas de plata, caviar con crema de queso y salmón. Manjares, sabores, aromas, texturas y el suave viento del norte que era amainado por las aguas volcánicas. Pero el viento no sólo soplaba el oxígeno de las montañas. Con él traía el azufre de las profundidades que enloquecía a los desprevenidos, enfurecía a los débiles y alimentaba a Ariadna que aguardaba impaciente en su templo.

Alfredo se situó a sus espaldas. Contemplaba como las dos parejas se reían chapoteando y contando anécdotas que para él carecían de sentido. Aunque prestase atención no sería capaz de comprender ni una sola palabra de lo que estaban diciendo. Los galimatías se enredaban en su cabeza penetrando su cerebro y causándole un gran dolor. Un inmenso dolor. Apretaba con fuerza el puñal del cuchillo envenenado por los aromas sexuales de Ariadna, mientras cantaba una canción de descarte.

Pinto, pinto, gorgorito... que pescuezo tan bonito.

Los ojos se le torcían con cada sílaba que pronunciaba, se mordía la lengua hasta que sangraba, se la volvía a morder y continuaba con la canción.

—¡Tú! —gritó poseído—.

Agarró a una de las mujeres por el cabello y le clavó el cuchillo en un ojo.

—Te amo, te amo, te amo —repetía constantemente—.

Sin saber cómo reaccionar, el marido de la sacrificada la sujetó en sus brazos con impotencia. Su cuerpo, que temblaba mientras la vida se apagaba en su interior, palidecía de manera gradual pero continua. La carne se endurecía a la vez que se enfriaba. Y cuando dirigió la mirada hacia el asesino...

—Yo la amo —dijo Alfredo ladeando la cabeza—.

Sin dudarle ni un segundo alargó el brazo y le cortó el cuello al hombre. La sangre de ambos teñía las aguas como si un manto carmesí se extendiese con suavidad y delicadeza. El olor a hierro oxidado, característico de la sangre, eclipsó los demás olores propiciando un ambiente agrio y doloroso.

La otra pareja nadó desesperada hacia la otra orilla de la piscina. El hombre ayudó a su esposa a salir mientras no paraba de decirle que se marchara y que no mirase atrás. Alfredo corrió como un demonio. Tropezaba, se resbalaba y perdía el equilibrio, pero no se caía. Su deseo de matar le mantenía de pie.

La mujer se negaba a dejar a su marido y se arrodilló para ayudarle salir. Craso error. Con una cuchillada certera Alfredo cortó la mano del hombre separándola del brazo, haciendo que él volviera a caer en la piscina y que ella se paralizase de miedo. Quería gritar, deseaba escapar, se imaginaba a sí misma resistiendo. Todo era una mentira que su mente orquestaba para transformar el terror en un sueño aceptable. Un sueño que fue detenido a golpe de acero cuando Alfredo, con la lengua fuera, le clavó el cuchillo en la espalda, en el hombro y, para rematar, en el cuello.

—La necesito —suspiraba enloquecido—.

El hombre nadaba soportando el dolor como podía. No sabía qué hacer. No le sería fácil escapar.

Vente mi niñiiiño, vente a mi laaaaado.

El cantico del asesino le puso los pelos de punta. Nadando de espaldas se topó con los cuerpos de sus amigos. Abrió los ojos como no la había hecho nunca, percibió la existencia de todo lo que le rodeaba de una forma casi divina; reconocía la temperatura del aire, del agua... de su sangre; era capaz de escuchar a todo ser viviente que se encontraba cerca, por muy pequeño que fuese; era consciente de que iba a morir.

Alfredo daba vueltas alrededor de la piscina como lo hacen los carroñeros antes de

lanzarse sobre el cuerpo inerte para alimentarse. Jadeaba. Olisqueaba la debilidad de su cuarta víctima. Se relamía saboreando su temor.

No tardaráaaaaaas en caer en mi reeeeeed.

Ladeó la cabeza y se lanzó sobre él en mismísimo instante que el hombre cerró los ojos mareado por la pérdida de sangre. Alfredo no sólo le hincó el cuchillo en las entrañas, sino que también le mordió la oreja, se la arrancó y se la comió.

—Te deseo, mi amor —decía mientras golpeaba una y otra vez al muerto—.

IV. Cinco, Seis y Siete

Los cucharones, las cacerolas, los platos y los vasos hacían un ruido tremendo cuando el joven pinche los sacaba del lavavajillas. Su novia, un año menor que él, le miraba el culo mientras masticaba un chicle a la vez que le provocaba. Las risitas se les escapaban a los dos. Alguna que otra caricia bajo la falda de la chica provocaba que ella le empujase hacia los fogones con la intención de alejarlo, pero a los pocos segundos le indicaba con el dedo índice que volviera a acercarse. Él, haciéndose el difícil, le daba la espalda y continuaba con su faena que ya había demorado demasiado. La noche se les caía encima. Picarona a la vez que perseverante, ella se frotaba sobre su espalda, le besaba la nuca y retomaba la postura de inocente en el rincón de antes.

—Me estás buscando y me encontrarás —le decía él sonriendo de una forma dulce y ridícula. De enamorado—.

Ella se metía el dedo en la boca, enredaba el chicle y lo estiraba con gran maestría, hasta que volvía a metérselo en la boca. Entonces decía:

—Yo no busco nada. Eres tú quien no me hace caso.

—¿Qué yo no te hago caso? Ahora verás.

Soltó el plato que llevaba en la mano y empezó a correr detrás de su novia. Las risas sonaban a las primaveras que se casan con los veranos y que describen el verdadero significado de vivir alegremente.

Hasta que entró Alfredo.

Atraído por los ruidos, igual que un perro cuando oye a su presa, siguió su instinto y se encontró delante de los jóvenes.

—¿Quién eres tú? —preguntó el joven—. ¿Qué te ha pasado? ¿Necesitas ayuda?

El asesino, mojado y lleno de sangre, levantó su cuchillo.

—Estás majara, tío —dijo el joven—, suelta eso o te daré con la sartén en la cabeza —le amenazó agarrando la más grande por el mango—.

—La amo —susurró Alfredo—, la necesito. ¡Tengo que hacerlo!

Él se acercaba.

—Ya te he avisado, tío. Échate atrás o te rompo la cabeza.

Ni caso. La locura le susurraba palabras de amor y lujuria. Le recordaba el tacto de los pechos de Ariadna.

—No puedo vivir sin ella —repetía el asesino—.

El joven levantó la sartén y le golpeó con fuerza en la cara. Seguidamente le agarró de los pelos y le empujó la cabeza contra los fuegos de la cocina. El olor a carne quemada provocó que su novia vomitara al instante. Incapaz de reaccionar, la chica se limpió la boca, se acercó a su novio, le cogió de la mano y le gritó:

—¡Vámonos de aquí!

Con un movimiento rápido y preciso, Alfredo lanzó un cuchillazo rajando el muslo del chico.

—¡Agggghhhh!

Como si no sintiera ningún dolor se apartó del fuego.

—La quiero —tartamudeó—.

Las cuchilladas que recibió el chico eran incontables. La furia que se apoderó del envenenado no se podía medir con palabras, ni con advertencias, ni con susurros. Golpe tras golpe, la carne de su víctima se trituraba, sus huesos se partían, su piel teñía de rojo.

—¡Noooooooooooo! —gritó la chica que apenas era capaz de reaccionar—.

Alfredo se irritó tanto que enseguida apretó la empuñadura y se lanzó a por ella. Los reflejos de la chica le hicieron levantar la mano para cubrirse, aunque fue en vano. El metal atravesó su carne, le cortó los tendones y se le clavó en la mejilla. Los nervios del asesino estaban tan tensados, que no tardó en córtale los mofletes, recorrer la parte trasera de la mandíbula y desgargarla.

Satisfecho de su trabajo se tocó la cara por la parte que se había quemado y notó la hinchada carne. No le dolía. El fuego llegó a destrozarle el sistema nervioso insensibilizándole la herida, aunque no se trataba sólo de eso. Su cuerpo carecía de estímulo o sensibilidad alguna, como si en realidad estuviera muerto. Respiraba, sangraba, su piel despedía calor, pero estaba muerto en su mente; envenenado desde el corazón; aniquilado por el deseo.

—¿Qué diablos está pasando aquí —dijo un guardia de seguridad cuando entró en la cocina—.

Alfredo le miró con ojos tristes, ladeó la cabeza y se mostró desesperado.

—Yo la quiero —sollozó—, la deseo, no puedo vivir sin ella.

El guardia no se percató del cuchillo. Se conmovió al verle lleno de sangre y con una quemadura en la cara.

—No te muevas, pediré ayuda —dijo él preocupado—.

—No puedo vivir sin ella, no puedo vivir sin ella —repetía Alfredo mientras se acercaba—.

—Tú estate tranquilo que enseguida llegará una ambulancia.

Los servicios de emergencia respondieron de inmediato a su llamada de teléfono. El guardia se mantuvo en calma para no fallar en la descripción de lo que veía, preocupado por el bienestar del asesino, pero al que él creía que una víctima más.

—Enseguida llega una ambulancia —comenta nada más colgar el móvil—.

—Tengo que complacerla. La adoro, la amo —balbuceó Alfredo a menos de un metro del guardia—.

—Aguanta hombre... aguanta —le animó él, y en aquel momento se percató de cuchillo—.

Era demasiado tarde.

Con un movimiento circular y veloz, el loco le cortó la cara hacia arriba, en diagonal. Luego le clavó el filo lentamente en el hueco de la clavícula, para después tirar con fuerza y destrozarle parte del pecho.

Ahora el guardia yacía en el suelo. No tardaría en exhalar su último aliento.

—Ya falta menos mi amor —dijo el asesino sonriendo—. No tardaremos en volver a abrazarnos, a besarnos y... a viciarnos.

V. Mala Suerte

Las estrellas brillaban con intensidad. La perfección del cielo vestía la noche con un traje de gala, difícil de despreciar. Una ráfaga de cálido viento endulzaba los paseos de los desprevenidos; de aquellos que disfrutaban de la naturaleza; de aquellos que desconocían su destino.

Dos amigos contemplaban los edificios de principios del siglo pasado, y conversaban sobre asuntos triviales. La última película que vieron antes de tomarse las vacaciones, lo absurda que les sonaba la canción del verano, aunque resultaba pegadiza, y describían a la chica nueva de la oficina comentando al final de cada frase: *«si se enteran nuestras mujeres de lo que estamos diciendo, seguro que nos echan a la calle»*.

El barullo de las sirenas les llamó la atención. Miraron a su alrededor buscando la causa de la movilización, pero no vieron nada extraño. El azul oscuro que proyectaban los coches de policía iluminaba las paredes de la montaña estampándose sobre el verde de los árboles y el marrón de la tierra; el rojo de las ambulancias resultaba más violento porque lo teñía todo del color que recuerda a la muerte.

Resultó curioso. Un perro les observaba desde la acera de enfrente. No se movía, ni les ladraba, ni siquiera meneaba la cola, se limitaba a mirarlos con los ojos bien abiertos, carentes de expresión o de sentimientos. Puede que lo que se cuenta sobre la raza canina sea cierto, que perciben el peligro antes que nadie, que olfatean el miedo desde largas distancias, que notan la presencia de la miseria, segadora de vidas cuando se acerca; pero los dos amigos sencillamente miraron al animal y sonrieron.

—Seguro que está golpeando —bromeó uno de ellos—.

—¿Dónde se esconderá la perra de su amiga? —continuó el otro poniendo la guinda al chiste verde—.

Aparte de ellos dos no circulaba otra alma. Las luces de los coches de emergencias, acompañados por los característicos ruidos que los anuncian, cada vez se acercaban más al lugar donde se encontraban.

—¿Habrán robado en el hotel? —preguntó uno—.

—¿Y por eso mandan una ambulancia? Yo creo que a algún anciano le habrá dado un infarto y han venido a por él.

—O puede que algún jovenzuelo se haya atiborrado a alcohol —dijo con retintín—.

Claro, como ahora todo se soluciona con un lavado de estómago, es fácil abusar. Qué lástima de juventud, no saben disfrutar de una buena borrachera.

—Nosotros sí que sabíamos —comentó el otro con añoranza—.

—Sabíamos y sabemos. Hombre. Si quieres nos acercamos al pueblo y nos tomamos unas cuantas.

—Buena idea.

La respiración de Alfredo apestaba. Su visión, cada vez más distorsionada, ahora veía dos sombras que se alejaban de su posición, pero que se confundían con unos destellos de colores raros e insoportables pitidos. Las rodillas le fallaban. Puede que fuese porque había perdido mucha sangre a causa de las heridas, o puede que su obsesión le estuviese provocando un desequilibrio nervioso. ¿Quién sabe?

Las dos sombras se detuvieron. Bien. Ya no tendría que apresurarse.

—Pronto me verás a tu lado, mi amor —gargareó Alfredo, como si estuviera ahogándose con su propia sangre—.

Se acercó con celeridad, apretó el puñal del cuchillo, lo alzó, y con dos certeros golpes en la espalda mató a uno.

—¡Qué...!

Antes de que pudiera terminar la frase, el otro hombre caía muerto después de recibir una cuchillada en el corazón.

—Ya falta poco —dijo emocionado—.

Los coches de policía se acercaban, las luces le cegaban, pronto se vería acorralado.

—No puedo fallar ahora. Sólo me falta la décima —razonó a duras penas—. Ya lo sé.

Sacó del bolsillo la llave de su habitación y musitó:

—Es perfecto. Matando a mi mujer nada se interpondrá entre nosotros.

VI. La Última Sangre

A veces la suerte también es malvada y despiadada. Alfredo desapareció en el edificio del hotel unos instantes antes de que la policía se detuviera frente a los dos cadáveres. Acababa de ganar un poco más de tiempo que le permitiría terminar con su cometido, liberarse y finalmente reunirse con su amada. Con la mujer etérea que le había envenenado el sentido común.

Se detuvo delante de las escaleras que conducían al primer piso y respiró profundamente. Debía sortear aquél obstáculo si quería llegar a su objetivo.

—Lo hago por ti, mi amor.

Primero guardó el cuchillo en su cinturón para luego agarrarse con la poca fuerza que le quedaba en el pasamanos. Después tiró de su cuerpo intentando mantener el equilibrio para no caerse; era consciente de que si se caía puede que no fuese capaz de levantarse.

—No te fallaré, mi amor —resoplaba con cada tirón—.

Cuando terminó de subir las escaleras se apoyó sobre sus rodillas, tomó aliento y cerró los ojos. Estaba cansado. Se moría.

—No puedes detenerte ahora —le susurró Ariadna—.

La bella mujer apareció a su lado. Le abrazaba sin tocarle mientras le besaba la nuca, pero sin llegar realmente a rozarle. Su rostro se deshacía como gelatina cuando se unía con el cuerpo de Alfredo, para después recomponerse al apartarse de él. Una ilusión.

—Dime que me amas —le susurró ella—.

—Te amo —contestó él levantando la mirada—.

—Dime que me deseas.

—Te deseo.

—Dime que quieres estar conmigo.

—Quiero estar contigo.

—Pues ahora termina lo que has venido a hacer —le ordenó Ariadna—.

Fundió su mano en su cuerpo y le acarició la entrepierna. Le transmitió la suficiente motivación para no rendirse ahora que faltaba tan poco.

—Pronto gozaremos juntos —gimió él—.

Algunos huéspedes abrieron la puerta de su habitación para ver lo que sucedía fuera

y al encontrarse con el demacrado títere de Ariadna se asustaban y volvían a cerrar la puerta echando el seguro.

El pasillo se acortaba, la puerta de la habitación 109 estaba cerca, el final llegaba.

—Siento el calor de tu cuerpo —le susurraba Ariadna a la vez que le acariciaba—.

La amante de la muerte ejercía su influencia danzando a su alrededor, envolviéndole con sus preciosas aunque desgarradas telas. No dejaba de tejer una telaraña mental, donde la principal causa de envenenamiento era la sexualización demente, que recorría el torrente sanguíneo hasta que ennegrecía el corazón de su víctima.

Sólo unos pocos metros le separaban de su mujer; del último cuerpo que debía mutilar para complacer a su nueva razón de ser, Ariadna. Sacó la llave de la habitación, la acercó a la cerradura y... se le cayó. El abismo que se abrió entre su cuerpo y la llave le provocó palpitaciones.

—Si me agacho y me caigo, no seré capaz de volver a levantarme —dijo mirando a Ariadna—.

—Tú puedes. Hazlo por mí —insistió ella—.

Ayudándose con el pomo de la puerta, estiró las piernas para evitar doblarlas y se inclinó para recoger la llave. Tuvo suerte. La anilla de latón se enganchó en su dedo.

—Te deseo, mi amor, muy pronto tendrás lo que me pediste —dijo Alfredo ahogándose—.

Giró la llave y abrió la puerta.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —preguntó su mujer que miraba al exterior—. ¿Se puede saber dónde andabas? Estaba preocupada.

—Necesito matarte —le dijo él—.

La mujer se dio la vuelta. No podía creer lo que sus ojos contemplaban.

¡¡¡Aaaaaaaagggggghhhhhhhh!!!

Su grito alertaría a toda la localidad si no fuese por el infernal ruido de las sirenas.

—No puedo vivir sin ella, compréndelo —dijo Alfredo mientras empuñaba de nuevo el cuchillo—.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién te ha hecho esto? ¿Qué pretendes hacer con ese cuchillo?

—¿Acaso no ves lo hermosa que es?

—¿Quién? —contestó ella—.

Alfredo se detuvo por un instante, se dio la vuelta y señaló a Ariadna que le acompañaba.

—Ella.

—No veo a nadie, Alfredo. Deja el cuchillo. Tengo que llamar a un médico.

—Los celos te ciegan. Tengo que matarte para demostrar que soy digno de irme con ella. La amo —aseguró acercándose cada vez más a su mujer—.

—¡Por el amor de Dios, no hay nadie, has enloquecido!

La debilidad se apoderaba de sus músculos, se mareaba, y un escozor empezó a recorrer su cuerpo.

—La amo.

Apretó la empuñadura y levantó el cuchillo para que la gravedad le ayudase a asestar un golpe mortal. Miró a su mujer a los ojos y una sonrisa se distinguió en la comisura de sus labios. Ya sólo era cuestión de segundos conseguir su objetivo.

—Mátala —susurraba Ariadna a su lado, pero sólo él era capaz de verla—.

—Te amo —repetía Alfredo—.

—¡No lo hagas! —suplicaba su mujer—.

¡¡¡Bang, bang, bang!!!

Tres disparos le detuvieron en seco. El joven agente de policía no se podía creer lo que estaba viendo y reaccionó de la única forma que supo. Debía salvar a la mujer y lo hizo.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó con voz temblorosa—.

Ella no abrió la boca. Se limitó a cogerle de la mano y escapar del rincón al que su marido la había acorralado.

—Salgamos de aquí —dijo el joven sin dejar de apuntar el cuerpo ensangrentado, quemado y desgarrado del asesino—.

Se alejaron de la habitación sin mirar atrás, sin percatarse de la presencia de la manipuladora de hombres, de la segadora de almas. A pesar de no haber conseguido las diez víctimas se sentía satisfecha, porque nueve también era un buen número. Ladeó la cabeza y decidió acercarse al cuerpo muerto de Alfredo. Entonces se agachó y le dijo:

—Tú alma no me sirve, pobre desgraciado, pero no importa. Seguro que cuando lo necesite encontraré a otro para que se convierta en mi cazador, en mi paladín, en un

asesino.

Y desapareció riéndose... para regresar el día que nadie se lo espere.